

Cuarto Domingo de Cuaresma B año

14 de marzo de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi
Obispo de la diócesis de Saitama

He comenzado a preparar esta homilía justo el día 11 de marzo. Aún faltan un poco más de cuatro horas para las 14:45 hora en que todos los que estamos, sobre todo, en Japón, haremos un minuto de silencio y luego rezaremos por el eterno descanso de los que han fallecido a consecuencia del terremoto y del tsunami que azotó la costa Nordeste de Japón. El Episcopado japonés ha propuesto ofrecer la oración número 2 que lo invito a rezar también en la oración de los fieles de hoy.

Especialmente en el home page de la conferencia episcopal japonesa está colocado el mensaje por el décimo aniversario de esta tragedia que ha provocado también un gran movimiento de solidaridad nacional como internacional. El Papa Francisco cuando visitó Japón en el mes de noviembre subrayó lo siguiente : *"Este movimiento de solidaridad no debe apagarse sino que, por más pase el tiempo, es necesario mantener el ardor del inicio"* . Por eso, la Iglesia Católica de Japón, animado por estas palabras del Papa, pide a todos nosotros que continuemos caminando con los hermanos y hermanas del Nordeste rezando por el crecimiento esperanzador de la región afectada.

Y también recordando el mensaje del episcopado japonés : *"Detengan enseguida la planta de energía nuclear"*, del mes de noviembre de 2011, ninguno de nosotros debemos olvidar a los hermanos y hermanas que siguen sufriendo, especialmente por el accidente de la planta nuclear de Fukushima. Tampoco podemos olvidarnos de aquellos que, a lo largo de varios cientos de kilómetros de la costa del Océano Pacífico del nordeste del Japón han fallecido por el gran maremoto, como también por los familiares y amistades que aún permanecen sin hallarse sus restos en el mar.

Actualmente, todos estamos viviendo en medio de una situación muy especial provocada por el nuevo coronavirus. Más aún que las misas públicas en nuestras parroquias no se han reabiertas, es muy importante para alimentar nuestra vida de fe, con la atenta lectura y meditación de la Palabra de Dios que la Iglesia nos propone para este Cuarto Domingo de Cuaresma. Empecemos con la meditación de la primera lectura.

Primera lectura (2 Crónicas 36.14-16.19-23)

Quiero iniciar la homilía con un comentario de la primera lectura porque pienso que puede ayudarnos a comprender el modo cómo Dios obra en la historia en medio de calamidades o desgracias. Aunque la situación histórica que describe el libro de las Crónicas del Antiguo Testamento es muy distinta a la nuestra, tanto de lo que nos pasó el 11 de marzo de 2011 como está pasando a nivel mundial por la pandemia del coronavirus, nos puede iluminar a descubrir la presencia de Dios en este momento de nuestra historia. Veamos lo que dice la primera lectura.

Contenido histórico

El cronista ofrece en el último capítulo de su libro, un resumen muy rápido de los acontecimientos que van desde la muerte del rey Josías hasta el exilio de Babilonia (aproximadamente del 639-586 aC). Es también una selección y resumen de dos textos: de 2 Reyes 23,21-25,30 : la muerte del rey Josías (609 aC) y de Jeremías capítulos 39 y 52: la caída

de Jerusalén bajo el poder babilónico, su exilio y la autorización para retornar a Jerusalén (537 aC.).

El cronista considera el exilio como un hecho trágico, pero ya concluido y muy lejano en el tiempo. El autor repite el estribillo: *“hizo lo que el Señor, su Dios, reprueba”* (2 Cro 36,5.9.12.14) poniendo en evidencia de que la acumulación de las trasgresiones de los reyes desencadena el final trágico (2 Cro 36,16-20).

Los últimos dos versículos de este libro (versículos 22 y 23), contienen una versión del edicto de Ciro con el que rey de Persia permitió el retorno a Jerusalén de los israelitas desterrados. El texto es paralelo a Esdras 1,1-4 e indica su continuidad con el relato de Esdras; además, expresa que la historia trágica del reino de Judá tendrá un final esperanzador.

Reflexión del escritor sagrado

El autor sagrado propone una interpretación sintética y significativa de la historia del pueblo elegido, que experimenta el castigo de Dios como consecuencia de su comportamiento rebelde: el templo es destruido y el pueblo en el exilio ya no tiene una tierra; realmente parece que Dios se ha olvidado de él. Pero luego ve que a través de los castigos Dios tiene un plan de misericordia.

La destrucción de la ciudad santa y del templo, y el exilio, tocarán el corazón del pueblo y harán que vuelva a su Dios para conocerlo más a fondo. Y entonces el Señor, demostrando el primado absoluto de su iniciativa sobre cualquier esfuerzo puramente humano, se servirá de un pagano, Ciro, rey de Persia, para liberar a Israel.

Lectura del Evangelio: Juan 3,14-21

Aunque sola la primera lectura de hoy nos puede dejarnos un mensaje suficientemente rico por el tiempo tan especial de Cuaresma que, por segundo año, estamos viviendo en medio de la pandemia, sin poder celebrar las misas en público, haré una breve referencia al evangelio de este domingo.

En nuestro itinerario hacia la Pascua, hemos llegado al cuarto domingo de Cuaresma. Es un camino con Jesús a través del “desierto”, es decir, un tiempo para escuchar más la voz de Dios y también para desenmascarar las tentaciones que hablan dentro de nosotros.

En el horizonte de este desierto se vislumbra la cruz. Jesús sabe que la cruz es el culmen de su misión: en efecto, la cruz de Cristo es la cumbre del amor, que nos da la salvación.

Lo dice él mismo en el evangelio de hoy: *“lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna”* (Jn 3,14-15).

Se hace referencia al episodio en el que, durante el éxodo de Egipto los judíos fueron atacados por serpientes venenosas y muchos murieron; entonces Dios ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera sobre un estandarte: si alguien era mordido por las serpientes, al mirar a la serpiente de bronce, quedaba curado (cf. Num 21,4-9). También Jesús será levantado sobre la cruz, para que todo el que se encuentre en peligro de muerte a causa del pecado, dirigiéndose con fe a él, que murió por nosotros, sea salvado. *“Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”* (Jn 3,17).

Ante el amor tan grande de Dios hacia nosotros, no olvidar de lo que nosotros también debemos hacer para poder ser curados. Tenemos que reconocer que estamos enfermos y

queremos ser curados: cada uno debe confesar sus propios pecados, para que el perdón de Dios, ya dado en la cruz, pueda tener efecto en su corazón y en su vida.

A veces, los hombres amamos más las tinieblas que la luz, porque estamos apegados a nuestros pecados. Sin embargo, la verdadera paz y la alegría sólo se encuentran abriéndose a la luz y confesando con sinceridad las propias culpas a Dios. Por tanto, es importante cuanto podamos de acercarnos al sacramento de la penitencia para recibir el perdón del Señor e intensificar nuestro camino de conversión.

Hermanos y Hermanas, en esta semana el día 19 de marzo, vamos a celebrar la fiesta de San José que por disposición del Papa Francisco, estamos en su año. Nuestras hermanas clarisas de Kiryu me está preparando un imagen pequeña de San José para que lo podamos colocar en algún lugar de la casa, como por ejemplo, en la entrada o en el comedor arriba de una estantería (tal vez, tengan que ordenar un poco la casa...) y cada día pedir por su intercesión, especialmente, contándole aquellos problemas que humanamente no encontramos solución y diciéndole : San José, ruega por nosotros.

Si alguien desea aprender una oración más explícita a San José, le sugiero la que el Papa Francisco reza y me enseñó también a mí, es la escrita y rezada por Santa Teresa de Avila.

Oración a San José (Es la oración que entona el Papa Francisco, es de Santa Teresa de Avila)

Glorioso Patriarca San José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, venid en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Tomad bajo vuestra protección las situaciones tan serias y difíciles que os encomiendo a fin de que tengan una feliz solución. Mi bienamado Padre: toda mi confianza está puesta en Vos. Que no se diga que os he invocado en vano. Y puesto que Vos podéis todo ante Jesús y María, mostradme que vuestra bondad es tan grande como vuestro poder. Amén.